

ESTUDIOS

**LOS SACRAMENTOS, ABRAZOS DIVINOS.
¿POR QUÉ Y PARA QUÉ CELEBRAMOS
LOS SACRAMENTOS?**

BERT DAELEMANS, S.J.*

Fecha de recepción: septiembre de 2018

Fecha de aceptación y versión final: octubre de 2018

RESUMEN

Los sacramentos son, mientras peregrinamos sobre la tierra, nuestro contacto con el cielo. Son espacio de encuentro con Cristo, en el Espíritu. Son umbrales donde celebramos nuestra pertenencia al cielo. Son acciones epicléticas y doxológicas de la Iglesia en virtud del sacerdocio común de sus miembros. Nos introducen en el misterio de la Trinidad y nos orientan hacia el Padre y hacia su Reino. Desvinculados de las otras dimensiones de la Iglesia, que son el anuncio o testimonio (martyria), el servicio (diakonia) y la comunión (koinonia), pierden su sentido y se atrofian. En el organismo sacramental que es la Iglesia, la Eucaristía late como su corazón.

PALABRAS CLAVE: mistagogía, Cristo, epiclesis, liturgia, celebración

**THE SACRAMENTS, DIVINE EMBRACES.
WHY DO WE CELEBRATE THE SACRAMENTS
AND FOR WHAT PURPOSE?**

SUMMARY

The sacraments are our contact with heaven as we make our pilgrimage on earth. They are a place of encounter with Christ, in the Spirit. They are thresholds

* Profesor de Teología de la Universidad Pontificia Comillas. bdaelemans@comillas.edu

where we celebrate our belonging to heaven. They are epicletic and doxological actions of the Church by virtue of the common priesthood of its members. They introduce us to the mystery of the Trinity and guide us towards the Father and his Kingdom. When detached from the other dimensions of the Church, which are proclamation or witness (martyria), service (diakonia) and communion (koinonia), they lose their meaning and become atrophied. In the sacramental organisation that is the Church, the Eucharist beats like its heart.

KEY WORDS: mystagogy, Christ, epiclesis, liturgy, celebration

¿Por qué y para qué celebramos los sacramentos?¹ La respuesta a esta pregunta tiene esa sencillez inherente a las personas sencillas y que los demás anhelamos tener por gracia: porque Cristo quiere abrazarnos corporalmente y para acostumbrarnos a ser abrazados por el Padre.

No es solamente una metáfora. El Concilio Vaticano II lo afirmó así: «Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer *el misterio de su voluntad* (Ef. 1,9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina» (Constitución *Dei Verbum* 2). Este misterio, *escondido desde siglos* (Ef. 3,9), se hace visible en Cristo, y desde que Cristo ascendió al Padre, en los sacramentos, como dice el célebre dicho de San León Magno: «Lo que de nuestro Redentor fue manifiesto ha pasado a los sacramentos» (*Sermo LXXIV 2: CCL 138A,42*). San Agustín describe su conversión y relación con Dios como abrazo con el Mediador en claros tonos eucarísticos y sobre el trasfondo asombroso de una gracia inmerecida: «Me di cuenta de la gran distancia que me separaba de ti, por la gran semejanza que hay entre tú y yo, como si oyera tu voz que me decía desde arriba: “Soy alimento de adultos: crece, y podrás comerme. Y no me transformarás en sustancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí”. Y yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti, y no lo encontraba, hasta que me abracé al *Mediador entre Dios y los hombres*,

1. Quiero expresar mi gratitud a Adelaida Gil Martínez por su valiosa revisión del castellano.

el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2,5), el que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn. 14,15), y el que mezcla aquel alimento, que yo no podía asimilar, con la carne, ya que la Palabra se hizo carne»². El Catecismo lo dice así: «En los sacramentos, Cristo continúa “tocándonos” para sanarnos» (CCE 1504). Los sacramentos siguen siendo misterios de los cuales Cristo es el actor principal.

Este artículo tiene cinco partes que desvelan algo del sacramento como abrazo divino: primero, encontramos la sacramentalidad en toda la historia de la salvación. Segundo, propongo una mistagogía (una introducción en el misterio) sacramental a partir de un cuadro, un libro y una definición. Tercero, cada sacramento es un encuentro y un diálogo con Cristo. Cuarto, los sacramentos son acciones epicléticas y doxológicas. Quinto, hablaremos de la vivencia sacramental.

1. Una economía sacramental

Desde el principio Dios se revela con palabras y gestos intrínsecamente imbricados, por los cuales «habla a los hombres como amigo [...] y mora con ellos» (DV 2). También los sacramentos se componen de gestos y palabras que son, en lenguaje aristotélico, como su materia y forma. El Concilio Vaticano II además dice que los sacramentos «están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios» (Constitución *Sacrosanctum Concilium* 59). Esta definición muestra la doble vertiente de los sacramentos ya señalada por Santo Tomás de Aquino: una que va de Dios a los hombres, santificándoles, y otra propia de los hombres en dar culto a Dios (cf. Santo Tomás, *Suma Teológica* III q60 a5c). Es decir, los sacramentos son diálogos y encuentros con Dios quien, con su gracia, siempre se ofrece a sí mismo.

Además, según SC 59, los sacramentos edifican la Iglesia. Cada sacramento tiene su vertiente eclesial. Por ejemplo, el bautismo nos incorpora a Cristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia. Y en el sacramento de la recon-

2. San AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 17-18: CSEL 33,163; PL 32,745.

ciliación, la Iglesia misma se autorrealiza bajo tres aspectos: apareciendo como Iglesia penitente, distanciándose del pecado juzgándolo y ejerciendo el ministerio de la reconciliación³.

Uno puede participar plenamente en los sacramentos solamente una vez bautizado; el bautismo es la puerta de entrada al edificio sacramental. En virtud de su sacerdocio común, el bautizado participa del único sacerdocio de Cristo, que es el ofrecerse al Padre en el Espíritu. El bautismo imprime carácter: un sello indeleble e invisible que capacita para este sacerdocio de ofrecerse a sí mismo al Padre a ejemplo de Cristo y de la Virgen, prototipo del sacerdote. Por Cristo tenemos acceso al Padre en el Espíritu (DV 2): los sacramentos nos introducen en el misterio de la Trinidad.

2. Una mistagogía sacramental

2.1. *Un cuadro*

En el museo del Prado se conserva un cuadro que me parece de gran actualidad para entender los sacramentos. Se llama *La Fuente de Gracia y Triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga* (1430-40), de la escuela de Jan Van Eyck. A primera vista, y tampoco el título lo parece indicar, no trata de los sacramentos, pero un análisis detenido demuestra lo contrario.

Se trata de la visión medieval –por lo tanto, maravillosa y valientemente contextualizada, con una valentía que se esperaría encontrar hoy– de la visión joánica del Apocalipsis: *Me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero* (Ap. 22,1-2). El lugar central lo ocupa el trono de Dios con el Cordero a sus pies. De allí sale un río de agua en el cual flotan formas sagradas: es un río a la vez bautismal y eucarístico, como también indican las imágenes del pelícano y del fénix en la fuente octogonal. Esta fuente sacramental es el único punto de contacto que tienen los dos grupos de personas ante el muro con el jardín celeste. Reconocemos a la Iglesia, arrodillada y en actitud

3. K. RAHNER, *La Iglesia y los sacramentos*, Herder, Barcelona 1967, 100-102.

serena, en contraste con el alboroto de aquellos que expresan sensiblemente su reticencia a aceptar que la fuente se corresponda con una realidad invisible. El agua es el símbolo joánico del Espíritu Santo (Jn 7,37-39), gracia increada que se ofrece en la fuente de gracia sacramental.

Esta visión final de la Biblia nos hace ver la realidad invisible, la Liturgia celeste y eterna, celebrada en el cielo y conectada con nuestras celebraciones litúrgicas por los sacramentos. Este cuadro une los dos sacramentos mayores de la Iglesia en una sola fuente sacramental: es el agua del bautismo que da acceso a la Eucaristía, el alimento que contiene a Cristo mismo. No escuchamos el canto de los ángeles, pero todo está pintado para que nos esforcemos en participar en esta Liturgia paradisiaca y celestial. Un ángel que señala la fuente sostiene una filacteria que dice: *Fuente de los huertos, pozo de aguas vivas* (Cant. 4,15). El *Cantar de los Cantares*, poema de amor entre dos amantes, se ha interpretado además como una alegoría de la unión amorosa de Cristo con su Iglesia y con cada creyente. Eso es el por qué y para qué de los sacramentos: para que nos dejemos abrazar por Cristo. El cuadro expresa que la fuente sacramental hace participar en la Liturgia celestial y ofrece vida, juventud, alimento y alegría. Los sacramentos son el acceso a la Liturgia celestial, nuestro punto de contacto y el umbral con el misterio invisible. En ellos, Dios nos hace participar de la vida trinitaria, en el Espíritu.

2.2. *Un libro*

Un libro, *Liturgia fontal*, corresponde maravillosamente con esta visión del cuadro⁴. Su autor, el francés Jean Corbon, entiende la Liturgia como un Río de Vida que se ofrece gratuitamente a la humanidad sedienta –incluso sin que sepa que tiene sed– como el Misterio *escondido desde los siglos* (Ef. 3,9) que Dios dio a conocer en Cristo, Verbo encarnado (cf. DV 2). Desde que Cristo ascendió a los cielos, este Misterio pasó a los sacramentos. Nuestras celebraciones litúrgicas son esencialmente acción de gracias, reflujo doxológico de este Río de Vida que se nos ofrece gratuitamente: «Cuando nuestra humanidad consienta en unirse a la

4. J. CORBON, *Liturgia fontal*, Palabra, Madrid 2009².

Humanidad del Señor Jesús, participará entonces en la naturaleza divina (2Pe 1,4)⁵. Corbon advierte que «separada [...] de la fuente, la celebración litúrgica se alza como un todo en sí misma, sin unión vital con el antes y el después»⁶. El Misterio de la Liturgia se nos ha manifestado en Cristo: ahora hemos de celebrarlo en los sacramentos y vivirlo en nuestro servicio al Reino.

Corbon encuentra en la Ascensión la gran metáfora para entender la celebración de los sacramentos: «No hay más que una Pascua, pero su poderosa Energía se despliega en una Ascensión y en un Pentecostés continuos»⁷. Para él, la Ascensión no es sólo un momento histórico en la vida de Cristo, sino que es un movimiento progresivo que «solo se habrá cumplido cuando todos los miembros de su Cuerpo sean atraídos hacia el Padre y vivificados por su Espíritu»⁸. La imagen de la comunidad reunida para celebrar un sacramento nos la ofrecen los apóstoles reunidos la mañana de Pentecostés: «Están habitados, posiblemente, por la Palabra depositada en sus corazones; son, sobre todo, pobres»⁹. Nosotros también somos, esencialmente, pobres. Entonces irrumpe el Espíritu y causa una nueva creación: «Por el Espíritu Santo, la Liturgia toma *cuerpo* en la Iglesia»¹⁰. La Liturgia es un Río de Vida que mana del trono del Padre y del Cordero degollado (Ap. 22,1-2) que sólo tiene sentido y eficacia cuando encuentra en nosotros la energía de una acogida. Sólo así, como sinergia entre el Espíritu y la Esposa que es la Iglesia, la Liturgia vuelve a la fuente que es el Padre: «¡Si pudiésemos entrar gratuitamente, por *la puerta abierta en el cielo* (Ap. 4,1) en la Alegría del Padre!»¹¹. Otra metáfora es el “sí” de la Virgen: que Dios crea desde la nada no es tan asombroso como haber contado con el “sí” de una doncella para el éxito de su proyecto. He aquí la razón y el fin, el por qué y el para qué de los sacramentos.

5. *Ibid.*, 97.

6. *Ibid.*, 29.

7. *Ibid.*, 62.

8. *Ibid.*, 64.

9. *Ibid.*, 75.

10. *Ibid.*, 77.

11. *Ibid.*, 67.

2.3. *Una definición*

En 1979, en la abadía francesa des Dombes, un grupo de treinta y dos teólogos protestantes y católicos logró una definición ecuménica de los sacramentos, que merece nuestra atención por su riqueza oracional y su dimensión trinitaria: «Los sacramentos son acciones por medio de las cuales el Dios de Jesucristo se compromete y garantiza su Palabra y sus promesas en el seno de una Alianza Nueva que ha contraído con su pueblo por el acontecimiento pascual de su Hijo. Por medio de los sacramentos, su pueblo toca una vez más esta realidad misteriosa, donde el mismo Dios, que intervino una vez en la historia de los hombres, viene a vivir en y con ellos como su aliado. Son celebrados en la comunidad, compañera esencial que obedece en la fe la palabra del Salvador, como encuentros efectivos con Dios que se entrega a nosotros por la presencia de su Hijo y el poder de su Espíritu»¹².

Más que signos, los sacramentos son *acciones* de Dios y *encuentros efectivos* con Dios en el marco de una alianza, no con individuos sino con su pueblo, pero no menos personal. Central es el misterio pascual de la muerte y la resurrección de Jesucristo. En efecto, afirma Santo Tomás: «El sacramento es signo conmemorativo del pasado, o sea, de la Pasión de Cristo; signo manifestativo del efecto producido en nosotros por la Pasión de Cristo, que es la gracia; y signo profético, o sea, preanunciativo de la gloria futura» (ST III q60 a3). Esto significa que la celebración del sacramento abre el tiempo, ampliándolo desde el pasado salvífico hacia el futuro prometido. Cada sacramento-misterio nos inserta en la historia de la salvación, conectando a los participantes con el *ephapax* (una vez para siempre: Hb 7,27; 10,10) del misterio pascual, eje central de la historia de la salvación y ya haciendo visible y palpable el Reino de Dios aquí y ahora, desde un encuentro dialógico con Cristo.

12. GRUPO DES DOMBES, *Espíritu Santo, Iglesia y sacramentos*, Cuadernos Phase 70, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1996, 18.

3. Un diálogo con Cristo

El encuentro con la hemorroísa (Mc 5,25-34) me parece paradigmático para hablar de la estructura dialógica del sacramento. Que no se trata de tocar el manto de Cristo para robarle alguna fuerza lo demuestra su interpelación para que la mujer entre en el diálogo y se deje mirar por Él. Sólo entonces le dice: *Hija, tu fe te ha salvado* (Mc 5,34). También el sacramento es encuentro con Cristo que lleva a la salvación e implica la fe, por mínima y vacilante sea (ella casi muere de miedo, cf. Mc 5,33). Cada sacramento pide que no seamos espectadores ajenos a una acción que se desarrolla en el presbiterio, sino participantes, que lleguemos con nuestros anhelos, dudas, heridas, fracasos y esperanzas –igual que la hemorroísa. Cada sacramento pide que estemos activos, no pasivos: pide esfuerzo y decisión de implicarnos en una relación con Cristo. Si no llego con mi propia realidad, para que la Palabra proclamada y explicada entreteja con ella mi personal historia de salvación, el aburrimiento está casi seguro garantizado. No se trata sólo de estar presente en la celebración de un sacramento sino de ofrecerse al Señor con el propósito de dejarse sorprender.

José María Rodríguez Olaizola escribió recientemente que nuestro gran reto con los jóvenes, especialmente los que dicen que «siempre es lo mismo» y se aburren, «no es el de hacer para ellos celebraciones entretenidas, sino ayudar a que lo que se celebre tenga sentido y conecte con sus búsquedas, sus miedos, sus anhelos y su fe»¹³. Se trata, en definitiva, de cultivar una sensibilidad sacramental, capaz de reconocer, por ejemplo, la sacramentalidad de la Palabra –su capacidad de resonar en mí de modo muy personal, como vehículo de la voz del Amado.

Una vez, alguien me dijo que encontraba a Cristo mejor en la oración que en los sacramentos. Es que no hemos de separar estas actividades de la vida cristiana, sino más bien percibir de nuevo su trasfondo coherente y su organicidad sacramental. Es muy probable que esta persona encuentre a Cristo tan vivo en la oración precisamente porque cultiva una vivencia

13. J. M. RODRÍGUEZ OLAIZOLA, «Jóvenes y sacramentos»: *Sal Terrae* 106/7 (Julio 2018), 629-643, 643.

sacramental en todos los ámbitos de su vida: es coherente y no reserva a su Señor únicamente unos momentos del día o de la semana.

Participar de los sacramentos es, como para la hemorroísa, una y otra vez reavivar el “sí” personal a Cristo y a su Iglesia, un “sí” que «no es fácil y no es acrítico. Decir “sí” no es la aceptación pasiva y gregaria de quien abraza un todo sin posibilidad de matices ni reservas. [...] Cuando uno dice: abrazo la fe en comunidad, me siento parte de la Iglesia, [...], no está diciendo que la Iglesia sea perfecta» sino que percibe «un camino para vivir la fe»¹⁴. Es decir, los sacramentos muestran un camino que hay que andar con Cristo, en el Espíritu, hasta llegar al Padre.

4. Acciones epicléticas y doxológicas

Más que signos para contemplar, los sacramentos son eventos eclesiales y acciones dialogales en las cuales hemos de participar. En razón de esta participación las exequias no pueden ser un sacramento, porque el sujeto debe estar vivo. Pero se suele celebrar el funeral en conexión íntima con el sacramento de la Eucaristía. Los sacramentos son encuentros sensibles con Cristo, que implican nuestra corporalidad y la de Cristo. Tienen su origen en Cristo, Verbo encarnado, y nos configuran con Él, ofreciéndose al Padre.

En virtud de nuestro bautismo, ejercemos nuestro sacerdocio común ofreciéndonos al Padre: pedimos Espíritu Santo, Río de Vida para saciar nuestra sed desde el corazón de la Trinidad misma. Los sacramentos son acciones epicléticas, invocaciones del Espíritu Santo. Al mismo tiempo, son acciones doxológicas, en las cuales damos gracia y gloria a Dios¹⁵.

Los sacramentos son «signos de un mundo redimido»¹⁶ que suponen, nutren y robustecen la fe (*martyría*, testimonio) del creyente (SC 59),

14. *Ibid.*, 636.

15. Véase la maravillosa y sucinta exposición trinitaria de los sacramentos en Ph. ROSATO, *Introducción a la teología de los sacramentos*, Verbo Divino, Estella 1994.

16. F. J. NOCKE, «Doctrina general de los sacramentos», en Th. SCHNEIDER (ed.), *Manual de teología dogmática*, Herder, Barcelona 1996, 807-846, 839.

lo preparan para la práctica de la caridad (*diakonía*, servicio) y lo envían a la instauración del Reino (*koinonía*, comunión), del que son anticipo. Nuestras celebraciones sacramentales nos insertan en una Liturgia que se está celebrando en este *hodie* (hoy) del cielo: «En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con Él» (SC 8). Los sacramentos hacen visible y palpable el Reino de Dios en la tierra cuando no se desvinculan de las otras dimensiones de la vida eclesial, la *martyría*, la *diakonía* y la *koinonía*.

Dionisio Borobio recuerda que la gracia divina «no se reduce ni encierra en los sacramentos», pero que «en ellos encontramos los signos vivos de este amor, su verdadera “carta de amor”, sellada en la Iglesia y avalada por la comunidad concreta»¹⁷. Son ayudas privilegiadas puestas en manos de la Iglesia tanto para salvaguardar su esencia como para adaptarlas a los tiempos y a las culturas cambiantes: «Por siempre ha tenido la Iglesia poder para determinar o mudar en la administración de los sacramentos, manteniendo a salvo su sustancia, aquello que, según la variedad de las circunstancias, tiempos y lugares, juzgara que convenía más a la utilidad de los que los reciben o a la veneración de los mismos sacramentos»¹⁸.

Según San Agustín, «hay sacramento en una celebración en la que se conmemora una cosa, *de tal forma que se significa algo que va a ser recibido santamente*»¹⁹. Así explica la diferencia entre un sacramento y una mera conmemoración: un sacramento implica un efecto *para nosotros*, que hemos

17. D. BOROBIO, *Los sacramentos, fuente de caridad*, Cuadernos Phase 217, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2014, 13.

18. CONCILIO DE TRENTO, *Sesión XXI*: DH 1728; cf. SC 37.

19. SAN AGUSTÍN, «Carta 55 (a Jenaro)» II,1,2: *Obras completas*, Vol. 69, BAC, Madrid 1986, 348.

de aceptar dignamente (lo que de nuevo subraya el aspecto dialogal y participativo). En la Pascua, por ejemplo, no sirve contentarse «con traer a la memoria el suceso, esto es, que Cristo murió y resucitó», sino que «en esta muerte y resurrección del Señor queda consagrado el tránsito de la muerte a la vida»²⁰. El núcleo de la vida cristiana es la vigilia pascual. En tiempos de San Agustín era el único momento del año en el que se celebraba el bautismo tan esperado y preparado durante años: el sacramento por excelencia de la entrada en este Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, el sacramento por excelencia del perdón y de la reconciliación, el signo dialogal de arrepentimiento y de nueva vida, del «tránsito de la muerte a la vida». Los bautizados, habiendo sido ungidos con el sello del Espíritu Santo, accedían en ese momento, con toda la comunidad, al banquete eucarístico, donde San Agustín había de recordar una y otra vez a la comunidad aquella verdad: «Si vosotros sois el Cuerpo de Cristo y sus miembros, vuestro misterio está sobre la mesa del Señor: recibís vuestro misterio»²¹.

La pregunta entonces no era la pregunta escolástica de distinguir entre lo que era un sacramento y lo que no lo era. Lo esencial era la vivencia sacramental, celebrada con suma densidad durante la vigilia pascual, que marcaba un antes y un después en la vida eclesial: separaba las catequesis bautismales de las mistagógicas, que son una de las riquezas más olvidadas de la patrística. Ellas responden a una intuición que hoy, en tiempos de la nueva evangelización, merece ser recuperada. El proceso catecumenal que preparaba para la celebración de los sacramentos de iniciación duraba largo tiempo, en Roma hasta tres años. No obstante, este proceso no terminaba en el sacramento, sino que continuaba con las catequesis mistagógicas, llamadas así porque introducían a los bautizados en el misterio una vez celebrado el sacramento. Hay cosas que sólo se entienden una vez que se han vivido, una vez que hayamos sido inmersos en ellas. Tal mistagogía era un despliegue de la riqueza ya recibida y ahora conscientemente apropiada. Los sacramentos y la liturgia en general representan, en nuestra vida, la dimensión antropológica constitutiva de la celebración y la belleza. Sólo la celebración puede conectar adecuadamente nuestras ideas

20. *Ibid.*

21. San AGUSTÍN, *Sermo* 272: PL 38, 1246-1247.

con nuestra ética, nuestra teoría con la práctica. Los sacramentos abren un espacio para poder celebrar el misterio y vivir sacramentalmente.

5. Vivir sacramentalmente

¿Se puede ser cristiano sin participar en los sacramentos? Ciertamente, encontramos a Cristo en su Palabra, meditando y saboreando los textos bíblicos. Lo encontramos en la oración. Pero faltaría algo si no alimentásemos nuestra amistad con el Señor regularmente (como cualquier amistad) con un encuentro sacramental, si no nos dejáramos abrazar de vez en cuando sacramentalmente por el Señor que nos llama a su servicio y amistad. Sería desvincular la fe (*martyría*) de su encarnación corporal, la teoría de su praxis poética (*leitourgía*) y ética (*diakonía*). Sería desvincular la *verdad* de la *belleza*, lo que engendra además una separación con la *justicia*: «La belleza [...] reclama para sí al menos tanto valor y fuerza de decisión como la verdad y el bien, y que no se deja separar ni alejar de sus dos hermanas sin arrastrarlas consigo en una misteriosa venganza. De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre (pues para él la belleza sólo es chuchería exótica del pasado burgués) podemos asegurar que [...] ya no es capaz de rezar y, pronto, ni siquiera será capaz de amar. [...] En un mundo sin belleza [...], en un mundo que quizá no está privado de ella pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza atractiva, la evidencia de su deber-ser realizado; el hombre se queda perplejo ante él y se pregunta por qué ha de hacer el bien y no el mal. [...] En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica»²². Víctor Codina recuerda que «la liturgia es necesaria para que la liberación no se confunda con una liberación meramente política»²³.

22. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria. Una estética teológica. Vol. I. La percepción de la forma*, trad. E. Saura, Encuentro, Madrid 1985, 22-23.

23. V. CODINA, «Sacramentos», en I. ELLACURÍA, J. SOBRINO (eds.), *Mysterium Liberationis: Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, vol. II, Trotta, Madrid 1990, 267-294, 267.

No solamente debemos nutrirnos de los sacramentos en momentos decisivos de la vida, sino que hemos de vivir sacramentalmente. Es decir, todo nuestro ser y quehacer deben estar embebidos de sacramentalidad, de esta peculiar sensibilidad de ver a Dios y gozar de Él en todas las cosas. Ha sido un logro de Leonardo Boff mostrar el vínculo entre los sacramentos naturales y los eclesiales²⁴. Tienen la misma estructura antropológica, pero difieren en densidad de contenido y eficacia. Sacramento, como bien dice José Granados, no es un concepto genérico sino orgánico²⁵. Es decir, no se trata de un concepto abstracto sino de mostrar cómo todo sacramento eclesial, todo sacramental y todo sacramento 'natural' participan de la plenitud eucarística, cómo encuentran en la Eucaristía su sentido último, al igual que el corazón que late con regularidad dentro de un organismo vivo. Por lo tanto, hemos de recuperar la organicidad de nuestra vida cristiana-sacramental, en contra de toda compartimentación y fragmentación. Los sacramentos y la vivencia sacramental son capaces de unir las distintas facetas de una vida cristiana.

Somos las piedras vivas de la Iglesia: somos Iglesia. Ser cristiano es ser sacramental. Los siete sacramentos son los vértices de mayor densidad sacramental del edificio sacramental que es la Iglesia. Entre ellos, la Eucaristía es «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (Constitución *Lumen gentium* 11) porque, como acierta a decir santo Tomás, no solamente lleva a Cristo, sino que *contiene* a Cristo (ST III q63 a6c). El papa Francisco, cuando habla de nuestra casa común que es el mundo, coloca la Eucaristía en su núcleo: «En la Eucaristía ya está realizada la plenitud, y es el centro vital del universo, el foco desbordante de amor y de vida inagotable» (*Laudato si'* 236). La Eucaristía, donde quiera que se celebre, ya muestra y celebra en medio del mundo la plenitud del Reino realizada, aunque todavía no consumada. La Eucaristía manifiesta y hace presente el Reino en medio de la creación. Se trata, en definitiva, del encuentro íntimo con el Señor, de su abrazo divino: «En la Eucaristía lo creado encuentra su

24. L. BOFF, *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, Alcance 1, Sal Terrae, Santander 1991.

25. J. GRANADOS, *Tratado general de los sacramentos*, Sapientia Fidei 4a, BAC, Madrid 2017, 20.

mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la Encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia. No desde arriba, sino desde dentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a él» (LS 236).